



Para entender la transición en Cuba

Velia Cecilia Bobes (Editora), Cuba, ¿ajuste o transición? Impacto de la reforma en el contexto del restablecimiento de las relaciones con los Estados Unidos, México, FLACSO, 2015, 165 pp.

La historia contemporánea de Cuba puede seguirse a través de las postales que han fascinado la imaginación de los extranjeros. Primero aquellas que prometían el paraíso tropical para los turistas: hoteles lujosos, playas, irumberas!; después su antítesis, esas que ofrecen el paraíso, siempre tropical, pero ahora para los revolucionarios del mundo (que a su modo hacían también turismo); para finalmente dar con una síntesis de las dos cosas: el paraíso —siempre paraíso para el extranjero!— pero ahora revolucionario y chic a la vez. Las mo-

delos de Chanel desfilando en La Habana con unas boinas que remedaban a las de Che Guevara, pueden verse al mismo tiempo como el epitafio final del modelo soviético, y como el reacomodo de un régimen que sabe como pocos el arte de la sobrevivencia. Lo primero, porque el hombre nuevo terminó conquistado por una de las quintaesencias del capitalismo, la industria de la moda. Lo segundo, porque esa pasarela es una de las mejores tablas de salvación para el régimen, por paradójico que parezca.

En todo caso, el paraíso siempre tuvo mucho de *tourist trap*. Aunque no puede negarse todo lo que la Revolución Cubana efectivamente llegó a ser en su momento, hoy se parece a esas pirámides o templos griegos, cuya esencia original murió, pero que se visitan porque mantienen un algún valor cultural o es ya una convención hacerlo. La nación-David que enfrentó con éxito al Goliat imperial, la promesa de redimir a todos los oprimidos de la tierra, la saga del Che, motivos que honestamente persiguieron muchos, tiene en el siglo XXI mucho de esos radios y televisores viejos de las decoraciones *vintage*; los *almendrones*, esos automóviles de hace sesenta años que circulan por La Habana, son una delicia *hipster*; la irreverencia revolucionaria de los sesentas se troca en la irreverencia de los muchachos de clase media que van a un concierto de rock y se hacen un tatuaje. Los Rolling Stones dan un concierto, Chanel organiza un desfile y Tony Castro le muestra su belleza al mundo con selfies tomados en su casa. Así las cosas, ¿qué es lo que está pasando en Cuba? ¿Dónde se encuentra en este momento? ¿Hacia dónde pudiera marchar? ¿Es una transición o un ajuste, como pregunta el título? ¿No

es posible, como piensa quien escribe, que se trate de las dos cosas al mismo tiempo? Tales son las preguntas que tratan de responder los autores del libro que se reseña en estas líneas. Se trata de cinco trabajos y seis investigadores que enfrentan el tema desde diversas perspectivas, que fueron escritos y publicados en 2015, por lo que la rapidez de los acontecimientos ya permite medir lo adecuado de sus enfoques; pero sobre todo que ofrecen un panorama esencial para la guía de quienes seguimos el proceso desde lo que filtran los medios y lanzan las redes sociales.

Por supuesto, como siempre pasa con el caso cubano, hay un aspecto en estos autores que no se puede eludir y que es mejor atajar desde el principio: ninguno vive en la isla. Esto, según se vea, puede ser una ventaja o una limitante. La editora, Velia Cecilia Bobes, es investigadora en la sede mexicana de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); y el resto del cartel está constituido por Carmelo Mesa-Lago, renombrado catedrático de la Universidad de Pittsburg, autor de una largísima obra en el área de las ciencias sociales, la economía y la historia; por el reconocido historiador Rafael Rojas, del Centro de Investigación y

Docencia Económica (CIDE), de México; por Haroldo Dilla Alfonso, que trabaja en la Universidad Diego Portales en Chile; por el historiador y politólogo Armando Chaguaceda, que trabaja en la Universidad de Guanajuato, sede León; y por la profesora francesa Marie Laure Geoffroy, de la Sorbona. Los cubanos son en grados diversos críticos al régimen de la isla, y la condición de algunos es la de exiliados. Por eso, una mirada excesivamente politizada condenaría o aplaudiría de antemano sus trabajos; pero si se trascienden las simplificaciones, todos hacen honor a la trayectoria profesional que avala a los autores. Quien busque sólo incienso para el régimen, naturalmente saldrá decepcionado; pero quien ande detrás de un pasquín anticastro, tal vez se desilusione aun más. Presentan datos, les dan voz a todas las partes, evitan juicios de valor y respaldan sus conclusiones con evidencias.

De hecho, esta variable de los que están adentro y los que están afuera es muy importante dentro del problema global del ajuste/transición que trata el libro. ¿Cuál es el rol de esa otra Cuba de la diáspora, de la que ellos mismos forman parte, en los cambios que se están dando? El trabajo de Dilla Alfonso, “Buenos

y malos: los usos políticos de la migración cubana” (pp. 87-107), ensaya una respuesta. Cuba, concluye, está camino a ser un *Estado-nación transnacional* (p. 105). La categoría, que toma Peggy Levitt y Nina Glick Shiller, es aplicable a muchos países latinoamericanos con altos índices de emigración (México, casi toda Centroamérica, Haití, República Dominicana, Colombia, Ecuador, entre otros), pero que en Cuba tiene un aspecto político muy importante. No es lo mismo que un académico cubano gane una plaza en México o Estados Unidos, a que lo haga un dominicano o un colombiano. Hasta hace poco su situación era clara: los que se iban, profesores, médicos, deportistas, personas de cualquier tipo, eran los malos, los *gusanos*; salvo que se fueran representando de algún modo al régimen. Su emigración era una señal de disidencia, un signo de oposición, ese “voto con los pies” de los germanos orientales que huían. Pero las cosas comienzan a cambiar en los noventa, cuando la otra Cuba que está afuera empezó a ser vista como fuente de divisas. Esto fomentó un acercamiento complejo, traumático para las partes, según Dilla Alfonso, de vocación “rentista expoliadora”. Tratando de obtener tantas remesas

como fueran posibles, se fueron abriendo puertas que cada vez se hicieron más grandes. El destino de ese pedazo grande, bien vinculado al mundo y muchas veces con importantes capitales, de la *nación-transnacional* podría ser clave para todo el proceso de ajuste/transición. No sólo por lo que implica de apertura a la disidencia y la pluralidad, sino también por la influencia que, de un modo u otro, tendrán los cubanos del extranjero en la medida en que puedan y quieran participar en los mercados que se abren en la isla, como por ejemplo el inmobiliario.

Esta idea, que en la exitosa comedia venezolana “Habana Eva” (2010) apenas se esbozaba (una historia de amor entre un descendiente de una rica familia cubana vecindada en Caracas que va a la isla a recuperar sus propiedades para desarrollar nuevos edificios, y una costurera habanera), es una probabilidad que los cambios actuales hacen cada vez más grande. Ahora bien, la naturaleza de ese modelo y los alcances reales de los mismos es algo que genera discusión (y no poca confusión). Para rescatarnos de ellas están los sendos trabajos de Mesa-Lago (“Las reformas estructurales de Raúl Castro: análisis y evaluación

de sus efectos macro y micro”, pp. 21-45), y de Chaguaceda y Geoffay (“Cuba: dimensiones y transformaciones político-institucionales de un modelo en transición”, pp. 47-86). Son dos estudios muy útiles para entender el mapa de las reformas raulistas, sus tipologías y sus limitaciones. Mesa-Lago, que las divide en “cambios administrativos”, “reformas no estructurales” y “reformas estructurales”); ofrece un panorama en el que la tendencia parece ser hacia la economía de mercado, a veces con medidas tan duras como el despido de 1,8 millones de empleados públicos, la creación del mercado inmobiliario y la eliminación de la gratuidad en muchos servicios; pero también con obstáculos legales o burocráticos que sistemáticamente ponen obstáculos a su desarrollo, al menos cuando se trata de cubanos (pongamos uno de los ejemplos que presenta: un profesional puede ser cuentapropista, pero no en su profesión; es decir, un arquitecto puede ser taxista, pero no abrir una oficina de arquitectura).

Por su parte, Chaguaceda y Geoffay nos presentan la otra cara de la moneda: por tímidos que sean, esos cambios económicos parecen ser infinitamente más profundos que los políticos.

Ha habido algunos de carácter administrativo, que presentan; pero en conjunto estamos ante un sistema envejecido, cuyos mecanismos de participación, tanto el Partido Único, como la *sociedad civil socialista* –los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y la Federación de Mujeres Cubanas (FMC)– cada vez tienen menos representatividad, comoquiera que atraen a menos personas, en especial a los jóvenes, mientras el sistema no parece abrirle canales a las voces disidentes, incluso aquellas que no parecen tener problemas en funcionar intra-sistema. Así, mientras hay CDR en apuros para funcionar por no falta de interesados, el aumento sostenido de la abstención y del voto nulo en las elecciones, parece ser la respuesta de los descontentos. La reflexión final del libro, que está a cargo de Rafael Rojas (“La democracia postergada. Pluralismo civil y autoritarismo político en Cuba”, pp. 145-161), el historiador sospecha que después de la salida de Raúl Castro del poder, la isla probablemente avance “una expansión mayor del capitalismo de Estado y una dilación de los derechos civiles y culturales podría garantizar (...) la continuidad del régimen” (p. 158).

Para Rojas, “la articulación del capitalismo estatal, pluralismo civil y autoritarismo político, de la no transición cubana, ha resultado exitosa, desde la perspectiva del gobierno. Ese éxito está generando una nueva clase política (...) que se aferrará al poder en los siguientes años” (pp. 158-159). Es la clase a la que pertenece, por poner un caso que se ha hecho viral, Tony Castro. Velia Cecilia Bobes, sin embargo, considera que los cambios sociales y económicos de alguna manera incidirán en el sistema: “aunque el balance de los cambios efectuados hasta ahora apunta a un sesgo a favor de transformaciones económicas sin grandes cambios en el modelo político, es evidente que a pesar de la ausencia de un proceso de cambio político y de la irrevocabilidad constitucional del socialismo, los impactos sociales de las diversas medidas económicas están suscitando una reconfiguración de la sociedad cubana cuya naturaleza puede tener consecuencias políticas.” (pp. 17-18). De hecho, ella, muy en la línea de los almedrones *hipsters* y de la revolución *vintage*, ha englobado a las transformaciones sociales de la Cuba raulista con una categoría estrechamente asociada a estas estéticas: la gentrificación (su trabajo es: “Del

hombre nuevo a una sociedad gentrificada. Impacto social de la reforma”, pp. 109-114).

Gentrification es el desplazamiento en ciertos espacios de habitantes pobres por otros con más recursos (*gentry*). Según la autora, eso es justo lo que está ocurriendo con la apertura del mercado inmobiliario en ciertas zonas de La Habana; tanto, que ve en ello una metáfora de las transformaciones que están ocurriendo en toda la sociedad. Del mismo modo que cada vez es más difícil que personas de diversos niveles profesionales vivan en el mismo sitio, así la relativa homogeneidad social de la Revolución está siendo sustituida por una sociedad de clases en las que hay ricos y pobres. Fue una homogeneidad lograda a fuerza de racionamientos, límites en los salarios y asignación de viviendas; una homogeneidad en la relativa pobreza, mayor o menor, de todos, pero que significó para muchos, sobre todo en los años 60s y 70s, un ascenso social. El punto es que esto ya no es así. Unos han ascendido, bien por su participación en las nuevas actividades o porque estando ya en la élite (militares, en un país en el que el Ejército controla muchas de las principales empresas; gerentes y políticos

que se asocian de algún modo, legal o ilegal, a los inversionistas; deportistas, ciertos artistas), han podido montarse en la ola.

Otros, en cambio, mientras otros han bajado. Por ejemplo, los profesionales universitarios, hasta hace poco la joya de la Revolución. Hoy los estudios superiores son cada vez menos atractivos ya que no garantizan un nivel de bienestar similar al de otras actividades. Mesa-Lago habla de los “maestros emergentes”, formados en pocos meses para ocupar las plazas vacantes antes la escasez de muchachos interesados en cursar la profesión docente en las universidades (p. 30). De tal modo que, como dice Rojas, “además de pobreza y desigualdad, la sociedad cubana comienza a experimentar un adelgazamiento de la clase media y una emergencia de sectores ricos o de altos ingresos, inimaginables hace apenas diez o quince años” (p. 148). Estos nuevos ricos, de los que ya hasta el *Granma* ha hablado, junto a los nuevos pobres (que en ocasiones terminan como servicio doméstico de estos ricos), marcan una nueva sociedad que tal vez haga difícil la justificación de un Partido Único, que hasta hace poco la cimentaba en la igualdad; pero que no tiene ne-

cesariamente que desembocar en una democracia plena, como no lo hizo ni en Rusia, ni en China y Vietnam.

¿Transición o ajuste? Los modelos de Chanel portando una boina que remedaba a la del Che, hacen pensar en la famosa frase de Marx sobre la historia que se repite como parodia, y tal vez a los formados en el viejo marxismo les demostrará, una vez más, las limitaciones de los cartabones de la Academia de Ciencias de la URSS, porque es la síntesis, y no la *negación de la negación*, la que se impone al final. Síntesis que nos da la clave de una posible evolución de las cosas: dejando atrás la realidad que era, pero no suprimiéndola sino superándola y metabolizándola (sí, seguimos con Hegel: la *Aufhebung*), el sistema se reajusta a las nuevas circunstancias. Veamos: en 1959 Vilma Espín se veía guapísima con su boina de guerrillera y después participó en el gobierno de una revolución que se tomó en serio la construcción del socialismo; sus descendientes —es decir, los de ella, los de sus compañeros, los de su cuñado— a lo mejor sigan usando una boina, pero ahora confeccionada por Chanel. La seguirán usando para continuar viéndose guapos (¿no aspira nada menos que a una

carrera en el modelaje el nieto de Fidel?), pero sobre todo para mantener el gobierno de lo que quede de la Revolución. Para ser ricos y estar por otra generación en el poder. Esa es al menos la conclusión a la que han llegado los autores del libro.

Tomás Straka

